Nombre de clases

Sobre "Un mundo que ganar. Hacia una teoría política del presente" de Sandro Mezzadra*

MICHELE SPANÒ
FILÓSOFO Y JURISTA
PROFESOR ASOCIADO DE LA ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES
MIEMBRO ESTATUTARIO DEL CENTRE D' ÉTUDES DES NORMES JURIDIQUES YAN THOMAS

Wir müssen die Reise um die Welt machen, und sehen,ob es vielleicht von hinten irgendwo wieder offen ist.[**]

Heinrich von Kleist

En un ensayo ya clásico, Carlo Ginzburg ha demostrado, partiendo de un lugar estratégico en *L'éducation sentimentale*, que los blancos y los espacios funcionan como las articulaciones y cartílagos de un texto, organizando el tiempo, el ritmo y la discontinuidad, pero también las expectativas, esperanzas y provisiones. Proust había juzgado el espacio en blanco que une, separándolos, los dos momentos inseparables pero cruciales en la vida de Frédéric Moreau, la cúspide del arte compositivo de Flaubert. Cualquiera que haya tomado, así sea con indiferencia, el primer libro de *El Capital* conoce una experiencia no diferente a la de quien, como si escuchara una sinfonía, supone que el final del capítulo veinticuatro de la séptima

* Se trata de la reseña del más reciente libro de Sandro Medrazza, que apunta a la búsqueda intelectual de la nueva subjetividad de clase en el capitalismo contemporáneo. La traducción corresponde al texto publicado el 15 de octubre de 2020 en la página *euronomade*, con los ajustes y correcciones correspondientes.

** Tenemos que hacer el viaje alrededor del mundo y ver si tal vez por atrás, en alguna parte, está abierto de nuevo (N. del E.).

sección (*La llamada acumulación originaria*) es también la conclusión de todo el libro. Apoyado, como está, en una retórica inmejorable *in crescendo* -redoble de tambores, roce de platillos, gran protagonismo de los tímpanos- parece autorizar al lector a prepararse para el inminente rito del aplauso. Pero, se trata de una expectativa decepcionante o de una satisfacción postergada: lector y lectora se encontrarán de hecho inesperadamente suspendidos en ese *addendum incongruente*, desorientados por esa extraña excrecencia, que es el capítulo veinticinco (*La teoría moderna de la colonización*).

La clase coincide totalmente con su propia *creación*: proceso, formación, producción de sí misma. No se identifica con un conjunto de propiedades, no tiene que ver con una sustancia, no se fija en una esencia, no tiene naturaleza ni conciencia, no conoce ley ni desarrollo: es una determinada forma de hacer, una forma histórica de organizar las relaciones y de calificarlas. Una asociación de singularidades establecidas por y en un conflicto.

No es exagerado situar la obra teórica y militante de Sandro Mezzadra más o menos alegóricamente en este espacio textual, en esa unión, que -utilizando el léxico obrerista ("operario") que es el suyo- ilustra la relación entre la subsunción formal y la subsunción real del trabajo al capital: el misterio -aquella fuerza eminente pura que se encuentra ampliamente diseminada en las páginas marxistas- del "encuentro" entre trabajo y capital y la pluralidad -para no hablar de la idiosincrasia- de sus modos y su época. Todos los ensayos que Mezzadra ha decidido recopilar en esta colección, tan lejana en ciertas ocasiones en los materiales, en los lenguajes y en los objetos, giran obsesivamente en torno a ese "salto", a ese "blanco" que suspende -haciéndolo infinito- el "fin" del Capital.

Las herramientas utilizadas por Mezzadra -lector bulímico, *pasajero* o *impulsor* de la mejor y menos obvia literatura (dispuesta aquí en casi cuarenta suntuosas páginas de bibliografía) - aunque sean dispares, sin embargo, presentan dos discursos que cuidar para *Un mundo que ganar*: Karl Marx y Michel Foucault.

Tanto es así que quizás el ensayo que está dedicado a su (no) relación podría considerarse legítimamente el *pivote*, en torno al cual se incorporan más o menos implícitamente los restantes. Y no es casualidad que -al menos para una estimación artesanal- el nombre del estudioso que más se repite a lo largo de las páginas del volumen sea el de Étienne Balibar, quien, en un estudio tan ejemplar como inescrupuloso, del diálogo entre ambos, había fijado las apuestas y declarado que las contradicciones genuinas y no insignificantes, salvo las soluciones jesuíticas, podían y debían reaccionar unas *contra* otras; solo se garantizaría así la apertura, al menos virtual, de una nueva *problematización*.

Los nombres de Marx y Foucault son, por lo tanto, dos alarmas de incendio: apuntan al mismo lugar de una "crítica" a la que Mezzadra no parece querer renunciar. Ciertamente, no para hacer llevar moralidad

https://www.allcitycanvas.com/wp-content/uploads/2020/01/blu-street-art-one.jpg,

al mundo, que no se gana en teoría, ni en el pensamiento ni en la práctica, sino en el intento de combinar la crítica de la economía política y la crítica del sujeto. Esta síntesis censurable y prolija es el resultado de la superposición de una investigación sobre los modos y formas en que la riqueza, por un lado, y el sujeto, por el otro, son ambos "productos". Las fórmulas podrían multiplicarse, y su enfoque sería claro: el encuentro entre producción y sujeto. Con el genitivo bífidus habitual -subjetivo y objetivo- para unirlos. El sujeto y la producción están inmersos en coordenadas y variables de tiempos y espacios, insertados en una secuencia: histórica material (archivo, genealogía, vicisitud): todos los conflictos entre el trabajo y el capital que allí se encontrarán no serán comprendidos bajo la forma de un encuentro, sino como un cronotipo único que organiza la temporalidad múltiple y compone espacios escalarmente distintos.

La relación entre subsunción formal y subsunción real del trabajo al capital -que es el *leitmotiv* lúcido del volumen y no, como quizás aparece en esta reseña, el estribillo bizantino- es el "gancho de agarre" que autoriza a Mezzadra a leer "coherentemente" diferentes escenas y contextos dispares del coeficiente de capital contemporáneo. De hecho, no se trata de evaluar el carácter ahora formal o real de la subsunción como si se tratara de distinguir el trigo de la paja, sino de fijar su relación bajo la especie de la virtualidad o de la composición. Lo que significa que la institución de un sujeto productivo -la separación en la fuerza de trabajo de lo vivo y lo muerto- es siempre el resultado de un conflicto, de una domesticación -que es tanto optimización como control- de la cooperación; de una ortopedia y de una inhibición de la disipación, de la movilidad o -más implemente- de aquella libertad que no es la condición trascendente.

En resumen: no hay clase fuera de la lucha de clases. Con un corolario decisivo: el antagonismo no es el desempeño ejemplar de la clase; es esencialmente inherente a ella: es la misma dinámica que ayuda a establecerla, formarla y componerla. La diferencia *de* clase se ha transformado en *la clase*. La clase no es otra cosa que ese conjunto de relaciones con las cuales la fuerza de trabajo rechaza, impide y dificulta su transformación en fuerza productiva: un rechazo instituyente que, al organizar la cooperación fuera del mando, califica de otra manera la forma de estar juntos como un conjunto múltiple cooperante y disipado.

Si el trabajo y el capital conocen muchas formas de encontrarse, entonces cada historia del desarrollo capitalista es única. La asidua frecuentación de los mundos poscoloniales le enseñó a Mezzadra que el acceso a estas "historias" solo está garantizado por la suspensión, al menos temporal, de la hegemonía teórica del trabajo asalariado "libre". A pesar de su carácter fisiológico aparentemente inevitable, está lejos de tener una naturaleza fáctica y una validez de derecho. Una vez rectificado el ángulo de visión, lo que aparece es la heterogeneidad de las formas de subsunción del trabajo al capital, la pluralidad de procesos de transformación de la fuerza de trabajo en mercancías. Al trabajo abstracto se oponen los modos como se presenta y las diferentes operaciones de extracción de valor. Cada uno de ellos es un intento de *abstraer el* trabajo para *extraer* valor. Pero, es precisamente la irreductibilidad radical de la fuerza de trabajo a solo una de sus posibles especificaciones, lo

ttps://encrypted-tbn0.gstatic.com/images?q=tbn%3AANd9GcQz6j9uKI1fW6CCEY3Xol_F3H3IzGInUap_Jg&usqp=CAU,

que sitúa al trabajo vivo constitutivamente fuera de la relación del capital. La logística y las finanzas no son más que las formidables, admitámoslo, abstracciones capitalistas contemporáneas con las que el capital -y el derecho privado, que es su infraestructura más fundamental- busca recuperar la relación, y reapropiarse con fines de lucro ese trabajo vivo y la cooperación que son fatalmente externas a él.

Es, por lo tanto, esta batería de operaciones -jurídicas, políticas, logísticas- de gobernar el trabajo vivo, el objeto de los estudios de Mezzadra. Esto también explica la aparente distancia conspicua que existe entre el ensayo dedicado a la lección filosófico-política de Bepi Duso y aquellos que -retomando, glosando y radicalizando las obras escritas a cuatro manos con Brett Neilson- están consagrados a la multiplicación del trabajo y, más recientemente, al extractivismo, la logística y las finanzas. Con una broma: Althusius con Marx significa que no hay crítica de la política (de la soberanía, de la forma estatal, de la ciencia política de los modernos) sin la crítica de la economía política, y Marx con Foucault (y Thompson) significa que no hay una crítica de la economía política sin una crítica del sujeto (del principio de individuación moderno, del Uno teológico-político).

Esos son los objetos, estas son las herramientas: primacía de la lucha, método de la tendencia, análisis de la composición. Una dotación cuya marca no es difícil de reconocer. Sin embargo, se usa inescrupulosamente y por ello se abusa alegremente de ella. Porque, si bien es cierto que Mezzadra discute un conjunto de argumentos cuyo rango metafísico es incuestionable, tiene una física exigente y rigurosa en su organización. Los dispositivos más sofisticados se mantienen y permiten que las hipótesis se verifiquen. La instrumentación operaista se despliega para poder pensar qué es hoy un sujeto colectivo. De ahí se derivan dolores de cabeza no insignificantes. Porque la "solu-

ción" de Mezzadra (que está en deuda con Thompson a quien dedica páginas extraordinariamente lúcidas) es que "lo que" es un colectivo está totalmente determinado por lo que puede plantear. Los "sujetos" de los que se trata en las páginas de Mezzadra no preceden sino que son producto de sus acciones (luchas, rituales, hábitos, conflictos). Luchas parciales y sujetos heterogéneos, por lo tanto; pero la naturaleza común de la potencia -sinapsis y músculos- los extorsiona en beneficio del capital.

Esta aparente divergencia -que es entonces una auténtica ambivalencia- entre lo diferente y lo genérico, la singularidad y el común, es la presentación de una ontología que se ha confundido por completo con la praxis. Una vez más, la metafísica se prueba con la organización. Por último, lo que debemos verificar es, por lo tanto, el venerable concepto de clase. Si se trata del nombre de un colectivo que *surge* en el proceso de su elaboración, si es el nombre de una dinámica y equívoca asamblea de seres heterogéneos. Es decir, si se trata de ese trabajo vivo que está "fuera" de la relación del capital, y que se organiza precisamente cuando se pretende "abstraerlo" para "extraerle" valor. Si es así se identifica con un colectivo que se establece *en* conflicto, *en* rechazo, en *una relación* independiente de la *relación* de capital; en una cooperación que es asociación no controlada; que es una acción que no preexiste pero de la cual surge un producto formidable y ofensivo. Es una cuestión especulativamente vertiginosa (su título es: la multitud no es el pueblo), y políticamente urgente (su lema dice: la multitud es la clase). Solo puede "resolverse" en una pregunta: ¿Qué es y cómo es un colectivo que no es Uno (un pueblo de varones blancos heterosexuales, por ejemplo)?

Marx y Foucault, por lo tanto, una vez más: pensar en la clase a la luz de la subjetivación significa deshacerse de su supuesta homogeneidad. La función de Thompson realmente parece el punto de fuga de todo el libro de Mezzadra. La clase coincide totalmente con su propia *creación*: proceso, formación, producción de sí misma. No se identifica con un conjunto de propiedades, no tiene que ver con una sustancia, no se fija en una esencia, no tiene naturaleza ni conciencia, no conoce ley ni desarrollo: es una determinada forma de hacer, una forma histórica de organizar las relaciones y de calificarlas. Una asociación de singularidades establecidas por y en un conflicto. En resumen: no hay clase fuera de la lucha de clases. Con un corolario decisivo: el antagonismo no es el desempeño ejemplar de la clase; es esencialmente inherente a ella: es la misma dinámica que ayuda a establecerla, formarla y componerla. La diferencia *de clase* se ha transformado en *la* clase. La clase no es otra cosa que ese conjunto de relaciones con las cuales la fuerza de trabajo rechaza, impide y dificulta su transformación en fuerza productiva: un rechazo instituyente que, al organizar la cooperación fuera del mando, califica de otra manera la forma de estar juntos como un conjunto múltiple cooperante y disipado.

https://d320ipef06zqny.cloudfront.net/uploads/image/5d764edf3ec9e/medium_txt_5d764edf3ec9e.jpg,